

## La democracia y sus fundamentalistas

Por *Henri FAVRE\**

EL TÍTULO DE ESTE TEXTO puede sorprender. Sin embargo, del mismo modo que el islam, que el cristianismo, que antaño también el marxismo, la democracia tiene sus fundamentalistas. El fundamentalismo democrático, que voy a llamar “democratismo”, nace hacia finales de los años setenta y se desarrolla en el curso de la siguiente década en algunos discretos *think tanks* de Estados Unidos. Ciertas revistas, entonces todavía confidenciales pero cuya influencia no va a dejar de crecer durante la doble presidencia de Ronald Reagan, aseguran la difusión de sus ideas, que pueden resumirse del siguiente modo, a pesar de la elaboración erudita de la que son a menudo objeto: 1) el hombre aspira fundamentalmente a la libertad individual, la evolución del género humano no es en definitiva sino una larga marcha hacia la autonomía personal; 2) la democracia es el régimen político que garantiza la mayor libertad individual y que responde pues de la mejor manera a la aspiración fundamental del hombre; y 3) como consecuencia, el régimen democrático es universalizable y debe hacerse universal.

Tales ideas se insertan en una tradición de pensamiento hegeliano, aunque los que las promueven parecen a menudo no haber tenido acceso a Hegel sino a través de comentaristas de su obra que, como Kojève, hacen a veces de ésta una lectura muy personal. La democracia a la que se inclinan es la democracia liberal, la que se desarrolló en Occidente y desde finales del siglo XVIII, es decir un régimen político en el cual el pueblo elige a sus gobernantes por medio de elecciones libres y competitivas y donde la mayoría reconoce derechos a la minoría. Vale la pena esta precisión, pues democracia y liberalismo no van forzosamente a la par. Los dos términos pueden tanto contradecirse como complementarse. Como ha hecho observar Hayek, la democracia se opone al autoritarismo, mientras que el liberalismo se opone al totalitarismo, pero cada uno de estos términos no es necesariamente incompatible con el contrario del otro. Una democracia es susceptible de detentar poderes totalitarios, y es posible que un gobierno autorita-

\* Director de investigación emérito, Centre National de la Recherche Scientifique, Paris, e-mail <favre@ivry.cnrs.fr> Conferencia dictada en el World Public Forum “Dialogue of Civilisations”, Rodas, Grecia, el 6 de octubre del 2005

rio actúe de acuerdo con principios liberales, como muestra por ejemplo el gobierno de Pinochet en Chile.

A partir de los años ochenta, el fundamentalismo democrático penetra en los medios académicos y ejerce ahí una fuerte influencia ideológica. Se convierte en fuente de inspiración para las ciencias sociales, especialmente la politología y la sociología, que emprenden estudios cada vez más numerosos sobre la "transición democrática", tal como se esboza o parece esbozarse en América Latina al principio y un poco más tarde en los países del ex bloque soviético. Los cambios políticos desencadenados por la vuelta progresiva de los militares latinoamericanos a sus cuarteles y por el hundimiento más repentino del comunismo son aprehendidos por los "transitólogos" como un proceso de evolución lineal e irreversible que ineluctablemente deberá llevar a la democracia. El esquema un poco simplista y fuertemente normativo que la "transitología" establece no siempre ha sido revisado en nuestros días, a pesar de las limitaciones cada vez más evidentes de su capacidad para dar cuenta de una realidad empíricamente observable que es mucho más compleja.

En el curso de la siguiente década, el democratismo se insinúa en los medios políticos estadounidenses, donde se abre camino en las filas del Partido Republicano tanto como en los márgenes del Partido Demócrata. Inspira el Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, que busca confiar a Estados Unidos la tarea de expandir la democracia a través del mundo. Por fin, después de los atentados del 11 de septiembre del 2001, que le abren las puertas del poder, orienta una política exterior que puede interpretarse como una tentativa torpe de gestión de un mundo ya unipolar, o como una empresa imperialista mal disfrazada de buenos sentimientos, y que es sin duda, en realidad, un compuesto inestable de los dos. Hoy día medimos las consecuencias demasiado previsibles de esta política que la ideología democratista ha alejado de toda realidad: empantanamiento del ejército estadounidense en las arenas, cuán movedizas, de Iraq; debilitamiento del liderazgo de Estados Unidos en el mundo; y como consecuencia, crecimiento de la entropía planetaria.

Se ha dicho que los pueblos tienen el gobierno que merecen. Sería más justo decir que las sociedades tienen el régimen político que les corresponde. El primer error del fundamentalismo democrático es ignorar que todo sistema político es un elemento de la sociedad y que mantiene con el resto de la organización social una relación que no es sin duda determinante pero que es ciertamente condicionante. De esto se deriva que el engarce de un sistema político sobre una organización

social que le es extraña corre siempre el riesgo de generar disfunciones o provocar un rechazo. Tocqueville, aunque es una referencia principal de los democratistas, mostró adecuadamente que el desarrollo de la democracia en Estados Unidos está estrechamente ligado al modo de construcción de la sociedad norteamericana. El sistema de gobierno del que se ha dotado el país procede, en efecto, de la institucionalización a nivel nacional de las prácticas de autogestión que las pequeñas comunidades de colonos tuvieron que establecer para sobrevivir lejos de la metrópoli y alejados de una administración colonial débil. Los países de América Latina, que accedieron a la independencia poco después que Estados Unidos, copiaron las instituciones democráticas de su vecino del norte, pero su experiencia histórica y su organización social eran demasiado diferentes para que estas instituciones pudieran funcionar normalmente. Aunque las clases dirigentes latinoamericanas jamás abandonaron el ideal democrático, hasta el punto que todos los golpes de Estado que se han sucedido en el subcontinente se asignaron la misión de reencarrilar la democracia, la vida política de América Latina está regida desde hace casi doscientos años por ciclos de amplitud variable que alternan una fase pluralista y una fase autoritaria.

¿Qué es entonces lo que hace que la democracia prospere aquí, fracase allí y no sea en otro lado sino una caricatura de sí misma? ¿Qué condiciones debe la sociedad ofrecer para que la democracia funcione correctamente? En primer lugar, la democracia no puede concebirse sino en sociedades complejas y diferenciadas en el seno de las cuales la instancia política está separada de todas las otras instancias, económica, social o religiosa. Implica la existencia de una esfera pública exclusivamente reservada al debate político. Es decir que es imposible observarla en las sociedades tribales, semitribales o tradicionales, en el interior de las cuales las relaciones de poder y las relaciones de producción y de intercambio se inscriben completamente en la trama de las redes de parentesco y de alianza. Pero esto es también decir que es difícil hacerla plenamente operativa en sociedades complejas y diferenciadas donde la instancia política sigue parcial o totalmente invadida por la religión. El catolicismo en los países latinos, el judaísmo y el islam en otras partes han sido por mucho tiempo o siguen siendo hoy obstáculos mayores a la consolidación democrática. En Francia, por ejemplo, la democracia no llegó a su madurez sino cuando las Iglesias fueron separadas del Estado, hace justamente un siglo, al término de una larga lucha contra la Iglesia católica, que pretendía controlar el espíritu de los ciudadanos y regular las costumbres de la República. En nuestros días, la religión judía y el islam no han renunciado todavía a

esta pretensión. La Torá en un caso, la Shariah en otro, es decir la ley religiosa en los dos, regulan en principio todas las acciones de los miembros de la comunidad, sin distinguir un dominio profano y un dominio religioso, siendo la comunidad religiosa una comunidad política y la comunidad política una comunidad religiosa. Porque no puede reconocer más leyes que las que el pueblo se da a través de sus representantes, la democracia exige la expulsión de lo religioso de la esfera pública; expulsión que, vamos a reconocer, es susceptible de revestir formas distintas a las quizás algo radicales de la laicidad francesa.

En segundo lugar, la democracia no puede tampoco concebirse allí donde, siendo autónoma la instancia política, los actores políticos no lo son. El tribalismo, el clientelismo o el corporativismo falsean el juego de las instituciones democráticas. La vida pública es democrática cuando los que intervienen en el debate político no sólo son reconocidos como iguales en derechos y deberes, sino que tienen también la capacidad de efectuar opciones personales y no predeterminadas por sus adhesiones, sus afiliaciones o sus solidaridades. Sin embargo, el ciudadano, incluso el que está libre de la influencia de una parentela, clientela o corporación, puede ver más o menos disminuida, si no comprometida, su libertad de opción personal por la situación socioeconómica en la cual se encuentra. Por mucho tiempo liberales y marxistas debatieron ásperamente, con mucha mala fe de ambas partes, sobre la importancia relativa que había que otorgar a las “libertades formales” y a las “libertades reales”. Frente a los primeros, los segundos sostenían, siguiendo a Lenin, que la democracia bajo el régimen capitalista no reconoce al pueblo sino el derecho de designar a sus explotadores y que sólo el socialismo está capacitado para darle un contenido concreto. Este debate ha perdido mucho de su filo, hoy que se reconoce generalmente que la democracia social, tal como ha sido establecida en Europa occidental tras la Segunda Guerra Mundial, representa un perfeccionamiento de la democracia política. Pero apostemos que la crisis en que la mundialización precipita el modelo socialdemócrata europeo —que ha sabido otorgar al individuo a la vez el máximo de “libertades formales” y el máximo de “libertades reales” por medio de una sutil regulación de la intervención del Estado— no dejará de reabrir la bajo una u otra forma.

Estas condiciones necesarias para la democracia, pero que no son para nada suficientes, han sido creadas en Occidente por el desarrollo económico y la innovación tecnológica que el mismo presupone, a partir de la revolución industrial. En Europa y América del Norte la expan-

sión del capitalismo ha provocado el hundimiento de los estamentos y las corporaciones, la disolución de las comunidades aldeanas, la desaparición de los particularismos regionales, el desplazamiento masivo de la población rural hacia las ciudades, la secularización de la sociedad y la aparición del individualismo. Estos cambios sociales han conducido a la instauración de regímenes democráticos que de a poco se han afirmado, sin atravesar crisis graves en Gran Bretaña, o de manera más caótica en Francia. Hoy que el capitalismo se ha mundializado, dicen los democratistas, ¿por qué no se producirían en el siglo XXI en toda la superficie del planeta los mismos cambios sociales que se han producido en Occidente en los siglos XIX y XX, con los mismos efectos democratizantes por doquier?

La respuesta a esta pregunta no es sin embargo tan evidente como parece a los ojos de los democratistas. En efecto, la mundialización del capitalismo se efectúa a ritmos diversos y su impacto sobre la sociedad es muy diferente según los países. Aunque tiende a destruir por doquier el orden social tradicional, su capacidad de construir un orden social nuevo se revela tendencialmente limitada. La población que se desprende de la tradición no encuentra siempre su lugar en la modernidad y se ve así condenada a la exclusión. Constituye un sector atomizado y masificado en el cual el lazo social está fuertemente erosionado. Lo que define este sector no es siempre ni solamente la pobreza debida al desempleo o al subempleo; es primero, y ante todo, la inseguridad en la cual viven, aislados unos de otros, individuos sin trabajo y por lo tanto sin identidad social, que se encuentran como en estado de ingravidez en la sociedad. Además de constituir una base singularmente frágil para las instituciones políticas que no pueden estabilizarse, la masa de los excluidos representa un terreno fértil para los partidos extremistas y los movimientos de tipo étnico o religioso de carácter fusionario, que son todo menos democráticos. Los que buscan desesperadamente un mínimo de seguridad siempre han sido muy vulnerables, en efecto, a la tentación autoritaria o totalitaria.

En América Latina, el proceso de descomposición social se ha acelerado desde el restablecimiento del régimen pluralista y la adopción de políticas económicas liberales por parte de los nuevos gobiernos democráticos, a partir de los años ochenta. En algunos países, el sector masificado que este proceso hace crecer se ha hecho hoy numéricamente mayoritario. La población que lo constituye no se siente representada por los partidos tradicionales, que languidecen o desaparecen, pero sus intereses están demasiado atomizados como para

que puedan ser representables, de manera que la crisis de la representación se convierte en una crisis de la representatividad. La proliferación de formaciones políticas nuevas, que se crean para promover la candidatura de su fundador, de sus parientes y de sus amigos a cargos públicos, contribuye a la desinstitucionalización de la vida pública más de lo que la remedia. La desconfianza frente a la política y el desapego hacia los políticos se traducen en el aumento del abstencionismo electoral. Pero la demanda de autoridad es a veces más fuerte, lo cual lleva a los electores hacia las urnas y les hace llevar al poder a un Fujimori en Perú o a un Chávez en Venezuela. De la alternancia cíclica de la democracia y el autoritarismo que caracteriza desde siempre su vida política, América Latina quizás no ha salido definitivamente.

En los países de África del norte y del Medio Oriente, donde solamente Libano tiene alguna experiencia de democracia, la sociedad está demasiado dislocada como para ofrecer una lectura simple de sí. Más que apelar al hombre providencial, los excluidos, cuyo número aumenta también allí, prefieren buscar refugio en el integrismo religioso, a cuya expresión política tienden a aportar masivamente su adhesión. Encuentran en los movimientos islamistas, que los toman completamente a cargo, estructuras de encuadramiento y un código de conductas, de normas y de valores que restituyen un sentido a su vida inútil. Frente al ascenso de estos movimientos, las monarquías tradicionalmente ancladas en el tribalismo logran cada vez más difícilmente mantener la cohesión política del cuerpo social. La legitimidad de las dictaduras modernizadoras está más amenazada aún, después que la mundialización ha agotado su capacidad de modernización. Es cierto que las clases medias que estos regímenes han hecho emerger aspiran quizás a la participación política por las vías y medios propios de la democracia, pero siempre son numéricamente minoritarias. Es probable entonces que el juego de instituciones democráticas, que no podrían ser sino importadas o impuestas desde el exterior, llevaría democráticamente a la instauración de regímenes totalitarios de tipo teocrático, como estuvo por ser el caso de Argelia en 1992.

Lo que los democratistas consideran una verdad evidente por sí misma no es en realidad sino un postulado, y un postulado por otra parte discutible. El estudio de la historia y el análisis de los comportamientos humanos hacen pensar que en la aspiración fundamental del hombre es menos la libertad que la seguridad. Que los hombres se sientan amenazados, que perciban el futuro como particularmente incierto, se empeñan en darse un rey, dictador, tirano, *duce* o *führer*.

El sacrificio de la libertad en beneficio de la seguridad es susceptible de darse según procedimientos democráticos, como fue el caso en Alemania de 1933, donde el partido nacional-socialista accedió al poder por vía de elecciones libres y competitivas. La democracia no es solamente imperfecta porque es siempre perfectible dentro del marco del proceso de desarrollo endógeno del cual deriva. Es del mismo modo frágil porque este proceso es siempre reversible. Y ella puede autodestruirse.

*Traducido del francés por Hernán G. H. Taboada*